

Por cierto que soy muy loca, ; Hay tantos zagales! ; tantos!
Dijo dejando la orilla. Y solo tengo una vida.

XI.

CUENTOS.

EL NOVIO Y EL CAPUCHINO.

Cierto jóven que á casarse	Mirando ya por su parte
Gozoso se preparaba ,	La confesion acabada ,
A los pies de un capuchino	Dicho ya el <i>Ego te absolvo</i> ,
Se arrodilló una mañana,	Estrañando le dejaba
Y le rogó muy humilde	Escapar tan bien librado ,
Que sus culpas escuchara.	Antes de volver á casa ,
Confieso , dijo , que quiero ,	Dijo el penitente : Padre ,
Que idolatro á una muchacha ;	¿ No me manda rezar nada ,
Pero todo está dispuesto ,	Ni hacer otra penitencia
Y hoy mismo , padre , nos casan.	Que mis culpas satisfaga ?
Contóle otros pecaduelos	A que contestó mi fraile ,
El novio , muy á la larga ,	Componiéndose las barbas :
Y el fraile tomaba polvos	¿ Qué mas penitencia quiere ?
Sin chistar una palabra.	¿ No me ha dicho que se casa ?

XII.

EL POETA Y EL PASTELERO.

Escribió cierto poeta	El papel que contenia
Una obrita en lindos versos ,	La produccion de su ingenio ,
Haciendo grandes elogios	Dándose por ofendido ,
De un vecino pastelero.	Le reconvinó muy serio ;
Y este para no mostrarse	Mas pudo calmar su enojo
Ingrato ni desatento ,	Con decirle el pastelero :
Quiso hacerle de su mano	Amigo , estamos iguales ,
Un pastel con todo empeño.	Pues entrambos hemos hecho
Luego , notando el poeta	Tú versos sobre pasteles ,
Que en el fondo habia puesto	Yo pasteles sobre versos.

XIII.

EPIGRAMAS.

DIANA Y ACTEON.

Diana cazadora y diosa
En ciervo á Acteon convirtió
Con venganza rigurosa ,
Porque en el baño la vió.
Los que contemplan sus astas,
Con razon decir podrán :
Si ponen cuernos las castas ,
Las que no lo son ¿ qué harán ?

A UN TRADUCTOR DE LA ENEIDA.

A Virgilio has traducido
En mal verso castellano ;
; Y nos dices muy ufano
Que imitarle has conseguido!
Si el imitar á Maron
Es tu verdadero intento ,
Ordena en tu testamento
Quemar la tal traduccion.

LARRA

(DON MARIANO JOSÉ DE). (1)

I.

EL CASTELLANO VIEJO.

(*Pobrecito hablador*, diciembre de 1832.)

Ya en mi edad pocas veces gusto de alterar el órden que en mi manera de vivir tengo hace tiempo establecido , y fundo esta repugnancia en que no he abandonado mis lares ni un solo dia para quebrantar mi sistema , sin que haya sucedido el arrepentimiento mas sincero al desvanecimiento de mis engañadas esperanzas. Un resto con todo eso del antiguo ceremonial que en su trato tenian adoptado nuestros padres , me obliga á aceptar á veces ciertos convites á que pareceria el negarse groseria , ó por lo menos ridicula afectacion de delicadeza.

Andábame dias pasados por esas calles á buscar materiales para mis artículos. Embebido en mis pensamientos , me sorprendi varias veces á mi mismo riendo como un pobre hombre de mis propias ideas y moviendo maquinalmente los labios ; algun tropiezon me recordaba de cuando en cuando que para andar por el empedrado de Madrid no es la mejor circunstancia la de ser poeta ni filósofo ; mas de una sonrisa maligna , mas de un gesto de admiracion de los que á mi lado pasaban , me hacia reflexionar que los soliloquios no se deben hacer en público ; y no pocos encontrones que al volver las esquinas di con quien tan distraida y rápidamente como yo las doblaba , me hicieron conocer que los distraidos no entran en el número de los cuerpos elásticos , y mucho menos de los seres gloriosos é impasibles. En semejante situacion de mi espíritu , ¿ qué sensacion no deberia producirme una horrible palmada que una gran mano , pegada (á lo que por entonces entendí) á un grandísimo brazo , vino á descargar sobre uno de mis hombros , que por desgracia no tienen punto alguno de semejanza con los de Atlante ?

No queriendo dar á entender que desconocia este enérgico modo de anunciarse , ni desairar el agasajo de quien sin duda habia creído hacerme mas que mediano , dejándome torcido para todo el dia , traté solo de volverme por conocer quién fuese tan mi amigo para tratarme tan mal ; pero mi castellano viejo es hombre que cuando

(1) Véase su noticia biográfica en el artículo *ROCA DE TOSQUES* (don Mariano).

está de gracias no se ha de dejar ninguna en el tintero. ¿Cómo dirá el lector que siguió dándome pruebas de confianza y cariño? Echóme las manos á los ojos, y sujetándome por detras, ¿quién soy? gritaba, alborozado con el buen éxito de su delicada travesura. ¿Quién soy? — Un animal, iba á responderle; pero me acordé de repente de quién podría ser, y sustituyendo cantidades iguales, — *Braulio eres*, le dije. Al oírme, suelta sus manos, rie, se aprieta los ijares, alborota la calle, y pónenos á entrambos en escena. — ¡Bien, mi amigo! ¿Pues en qué me has conocido? — ¿Quién pudiera sino tú... — ¿Has venido ya de tu Vizcaya? — No, Braulio, no he venido. — Siempre el mismo genio. ¿Qué quieres? es la pregunta del español. ¿Cuánto me alegro de que estés aquí; ¿Sabes que mañana son mis días? — Te los deseo muy felices. — Déjate de cumplimientos entre nosotros; ya sabes que yo soy franco y castellano viejo: el pan pan, y el vino vino; por consiguiente exijo de tí que no vayas á dárme los; pero estás convidado. — ¿A qué? — A comer conmigo. — No es posible. — No hay remedio. — No puedo, insisto ya temblando. — ¿No puedes? — Gracias. — ¿Gracias? Vete á paseo: amigo, como no soy el duque de F., ni el conde de P... — ¿Quién se resiste á una sorpresa de esa especie? ¿quién quiere parecer vano? — No es eso, sino que... — Pues si no es eso, me interrumpe, te espero á las dos; en casa se come á la española; temprano. Tengo mucha gente: tendrémolos al famoso X. que nos improvisará de lo lindo; T. nos cantará de sobremesa una rondeña con su gracia natural; y por la noche J. cantará y tocará alguna cosilla. — Esto me consoló algun tanto, y fué preciso ceder: un día malo, dije para mí, cualquiera lo pasa; en este mundo para conservar amigos es preciso tener el valor de aguantar sus obsequios. — No faltarás, sino quieres que riñamos. — No faltaré, dije con voz exánime y ánimo decaído, como el zorro que se revuelve inútilmente dentro de la trampa donde se ha dejado coger. — Pues hasta mañana; y me dió un torniscon por despedida. Vile marchar como el labrador vé alejarse la nube de su sembrado, y quedéme discurrendo cómo podían entenderse estas amistades tan hostiles y tan funestas.

Ya habrá conocido el lector, siendo tan perspicaz como yo le imagino, que mi amigo Braulio está muy lejos de pertenecer á lo que se llama gran mundo y sociedad de buen tono, pero no es tampoco un hombre de la clase inferior, puesto que es un empleado de los de segundo orden, que reúne entre su sueldo y su hacienda cuarenta mil reales de renta; que tiene una cintita atada al ojal y una crucecita á la sombra de la solapa; que es persona, en fin, cuya clase, familia y comodidades de ninguna manera se oponen á que tuviese una educación mas escogida y modales mas suaves é insinuantes. Mas la vanidad le ha sorprendido por donde ha sorprendido casi siempre á toda ó la mayor parte de nuestra clase media, y á toda nuestra clase baja. Es tal su patriotismo, que dará

todas las lindezas del extranjero por un dedo de su país. Esta ceguera le hace adoptar todas las responsabilidades de tan considerado cariño; de paso que defiende que no hay vinos como los españoles, en lo cual bien puede tener razón, defiende que no hay educación como la española, en lo cual bien pudiera no tenerla; á trueque de defender que el cielo de Madrid es purísimo, defenderá que nuestras manolas son las mas encantadoras de todas las mugeres: es un hombre, en fin, que vive de exclusivas, á quien le sucede poco mas ó menos lo que á una parienta mia, que se muere por las jorobas, solo porque tuvo un querido que llevaba una escrecencia bastante visible sobre entrambos omoplatos.

No hay que hablarle, pues, de estos usos sociales, de estos respetos mútuos, de estas reticencias urbanas, de esa delicadeza de trato, que establece entre los hombres una preciosa armonía. diciendo solo lo que debe agradar y callando siempre lo que puede ofender. El se muere *por plantarle una fresca al lucero del alba*, como suele decir, y cuando tiene un resentimiento se le *espeta á uno cara á cara*; como tiene trocados todos los frenos, dice de los cumplimientos que ya sabe lo que quiere decir *cumpro y miento*; llama á la urbanidad hipocresía, y á la decencia monadas; á toda cosa buena le aplica un mal apodo; el lenguaje de la finura es para él poco mas que griego: cree que toda la crianza está reducida á decir *Dios guarde á ustedes* al entrar en una sala, y añadir *con permiso de usted* cada vez que se mueve; á preguntar á cada uno por toda su familia, y á despedirse de todo el mundo; cosas que así se guardará él de olvidarlas como de tener pacto con franceses. En conclusión, hombres de estos que no saben levantarse para despedirse sino en corporación con alguno ó algunos otros, que han de dejar humildemente debajo de una mesa su sombrero, que llaman *su cabeza*, y que cuando se hallan en sociedad por desgracia sin un socorrido baston, darian cualquier cosa por no tener manos ni brazos, porque en realidad no saben dónde ponerlos, ni qué cosa se puede hacer con los brazos en una sociedad.

Llegaron las dos, y como yo conocía ya á mi Braulio, no me pareció conveniente acicalarme demasiado para ir á comer; estoy seguro de que se hubiera picado; no quise sin embargo escusar un frac de color y un pañuelo blanco, cosa indispensable en un día de días en semejantes casas: vestí sobre todo lo mas despacio que me fué posible, como se reconcilia al pié del suplicio el infeliz reo, que quisiera tener cien pecados mas cometidos que contar para ganar tiempo; era citado á las dos, y entré en la sala á las dos y media.

No quiero hablar de las infinitas visitas ceremoniosas que antes de la hora de comer entraron y salieron en aquella casa, entre las cuales no eran de despreciar todos los empleados de su oficina con sus señoras y sus niños, y sus capas, y sus paraguas, y sus chanclos, y sus perritos; déjome en blanco los necios cumplimientos que dijeron

al señor de los días; no hablo del inmenso círculo con que guardaba la sala el concurso de tantas personas heterogéneas, que hablaron de que el tiempo iba á mudar, y de que en invierno suele hacer mas frío que en verano. Vengamos al caso: dieron las cuatro, y nos hallamos solos los convidados. Desgraciadamente para mí el señor de X., que debía divertirnos tanto, gran conocedor de esta clase de convites, habia tenido la habilidad de ponerse malo aquella mañana; el famoso T. se hallaba oportunamente comprometido para otro convite; y la señorita que tambien habia de cantar y tocar estaba ronca en tal disposicion que se asombraba ella misma de que se la entendiese una sola palabra, y tenia un panadizo en un dedo. ¡Cuántas esperanzas desvanecidas!

— Supuesto que estamos los que hemos de comer, exclamó don Braulio, vamos á la mesa, querida mia. — Espera un momento, le contestó su esposa, casi al oído; con tanta visita yo he faltado algunos momentos de allá dentro, y... — Bien, pero mira que son las cuatro... — Al instante comeremos. — Las cinco eran cuando nos sentábamos á la mesa.

Señores, dijo el Anfitrión al vernos titubear en nuestras respectivas colocaciones, exijo la mayor franqueza: en mi casa no se usan cumplimientos. ¡Ah! Figaro, quiero que estés con toda comodidad; eres poeta; y ademas estos señores, que saben nuestras intimas relaciones, no se ofenderán si te prefiero; quitate el frac, no sea que le manches. — ¿Qué tengo de manchar? le respondí, mordiéndome los labios. — No importa, te daré una chaqueta mia; siento que no haya para todos. — No hay necesidad. — ¡Oh! sí, sí, ¡mi chaqueta! Toma, mirala; un poco ancha te vendrá. — Pero, Braulio... — No hay remedio; no te andes con etiquetas; y en esto me quita él mismo el frac, *velis nolis*, y quedo sepultado en una cumplida chaqueta rayada, por la cual solo asomaba los pies y la cabeza, y cuyas mangas no me permitirían comer probablemente. Dile las gracias: al fin el hombre creia hacerme un obsequio!

Los días en que mi amigo no tiene convidados se contenta con una mesa baja, poco mas que banquetta de zapatero, porque él y su muger, como dice, ¿para qué quieren mas? Desde la tal mesita, y como se sube el agua del pozo, hace subir la comida hasta la boca, adonde llega goteando despues de una larga travesía; porque pensar que estas gentes han de tener una mesa regular, y estar cómodos todos los días del año, es pensar en lo escusado. Ya se concibe, pues, que la instalación de una gran mesa de convite era un acontecimiento en aquella casa; así que, se habia creído capaz de contener catorce personas que éramos, una mesa donde apenas podrian comer ocho comodamente. Hubimos de sentarnos de medio lado como quien va á arrimar el hombro á la comida, y entablaron los codos de los convidados intimas relaciones entre sí con la mas fraternal inteligencia del mundo. Colocáronme por mucha dis-

tincion entre un niño de cinco años, encaramado en unas almohadas que era preciso enderezar á cada momento porque las ladeaba la natural turbulencia de mi jóven adlátere, y entre uno de esos hombres que ocupan en el mundo el espacio y sitio de tres, cuya corpulencia por todos lados se salia de madre de la única silla en que se hallaba sentado, digámoslo así, como en la punta de una aguja. Desdobláronse silenciosamente las servilletas, nuevas á la verdad, porque tampoco eran muebles en uso para todos los días, y fueron izadas por todos aquellos buenos señores á los ojales de sus fraques como cuerpos intermedios entre las salsas y las sopas.

— Ustedes harán penitencia, señores, exclamó el Anfitrión una vez sentado; pero hay que hacerse cargo de que no estamos en Gnieys; frase que creyó preciso decir. Necia afectacion es esta, si es mentira, dije yo para mí; y si verdad, gran torpeza convidar á los amigos á hacer penitencia. Desgraciadamente no tardé mucho en conocer que habia en aquella espresion mas verdad de lo que mi buen Braulio se figuraba. Interminables y de mal gusto fueron los cumplimientos con que para dar y recibir cada plato nos aburrimos unos á otros. — Sirvase usted. — Hágame usted el favor. — De ninguna manera. — No lo recibiré. — Páselo usted á la señora. — Está bien ahí. — Perdóne usted. — Gracias. — Sin etiqueta, señores, exclamó Braulio, y se echó el primero con su propia cuchara. Sucedió á la sopa un cocido surtido de todas las sabrosas impertinencias de este engorrosísimo, aunque buen plato; cruza por aquí la carne; por allá la verdura; acá los garbanzos; allá el jamon; la gallina por derecha; por medio el tocino; por izquierda los embuchados de Estremadura; siguióle un plato de ternera mechada, que Dios maldiga, y á este otro y otros y otros; mitad traídos de la fonda, que esto basta para que escusemos hacer su elogio; mitad hechos en casa por la criada de todos los días, por una vizcaina auxiliar tomada al intento para aquella festividad, y por el ama de la casa, que en semejantes ocasiones debe estar en todo, y por consiguiente suele no estar en nada.

— Este plato hay que disimularle, decia esta de unos pichones; estan un poco quemados. — Pero, muger... — Hombre, me aparté un momento, y ya sabes lo que son las criadas. — ¡Qué lástima que este pavo no haya estado media hora mas al fuego! se puso algo tarde. — ¿No les parece á ustedes que está algo ahumado este estofado? — ¿Qué quieres? Una no puede estar en todo. — ¡Oh, está excelente, exclamábamos todos dejándolo en el plato, excelente! — Este pescado está pasado. — Pues en el despacho de la diligencia del fresco dijeron que acababa de llegar; ¡el criado es tan bruto! — ¿De dónde se ha traído este vino? — En eso no tienes razon, porque es... — Es malísimo. — Estos diálogos cortos iban exornados con una infinidad de miradas furtivas del marido para advertirle continuamente á su muger alguna negligencia, que-

riendo darnos á entender entrambos á dos que estaban muy al corriente de todas las fórmulas que en semejantes casos se reputan finura, y que todas las torpezas eran hijas de los criados, que nunca han de aprender á servir. Pero estas negligencias se repitían tan á menudo, servían tan poco ya las miradas, que le fué preciso al marido recurrir á los pellizcos y á los pisotones; y ya la señora, que á duras penas habia podido hacerse superior hasta entonces á las persecuciones de su esposo, tenia la faz encendida y los ojos llorosos. — Señora, no se incomode usted por eso, le dijo el que á su lado tenia. — ¡Ah! les aseguro á ustedes que no vuelvo á hacer estas cosas en casa; ustedes no saben lo que es esto; otra vez, Braulio, irémos á la fonda y no tendrás... — Usted, señora mia, hará lo que... — ¡Braulio! ¡Braulio! — Una tormenta espantosa estaba á punto de estallar; empero todos los convidados á porfia probamos á aplacar aquellas disputas, hijas del deseo de dar á entender la mayor delicadeza, para lo cual no fué poca parte la manía de Braulio y la espresion concluyente que dirigió de nuevo á la concurrencia acerca de la inutilidad de los cumplimientos, que así llama él al estar bien servido y al saber comer. ¿Hay nada más ridiculo que estas gentes que quieren pasar por finas en medio de la mas crasa ignorancia de los usos sociales? ¿qué para obsequiarle le obligan á usted á comer y beber por fuerza, y no le dejan medio de hacer su gusto? ¿porqué habrá gentes que solo quieren comer con alguna mas limpieza los dias de dias?

A todo esto, el niño que á mi izquierda tenia hacia saltar las aceitunas á un plato de magras con tomate, y una vino á parar á uno de mis ojos, que no volvió á ver claro en todo el dia; y el señor gordo de mi derecha habia tenido la precaucion de ir dejando en el mantel, al lado de mi pan, los huesos de las suyas, y los de las aves que habia roido; el convidado de enfrente, que se preciaba de trinchador, se habia encargado de hacer la autopsia de un capon, ó sea gallo, que esto nunca se supo; fuese por la edad avanzada de la víctima, fuese por los ningunos conocimientos anatómicos del victimario, jamas parecieron las coyunturas. — Este capon no tiene coyunturas, exclamaba el infeliz sudando y forcejeando, mas como quien cava que como quien trincha. ¡Cosa mas rara! En una de las embestidas resbaló el tenedor sobre el animal como si tuviera escama, y el capon, violentamente despedido, pareció querer tomar su vuelo como en sus tiempos mas felices, y se posó en el mantel tranquilamente como pudiera en un palo de un gallinero.

El susto fué general y la alarma llegó á su colmo cuando un surtidor de caldo, impulsado por el animal furioso, saltó á inundar mi limpisima camisa: levántase rápidamente á este punto el trinchador con ánimo de cazar el ave prófuga, y al precipitarse sobre ella, una botella que tiene á la derecha, con la que tropieza su brazo, abandonando su posicion perpendicular, derrama un abun-

dante caño de Valdepeñas sobre el capon y el mantel; corre el vino, auméntase la algazara, llueve la sal sobre el vino para salvar el mantel; para salvar la mesa se ingiere por debajo de él una servilleta, y una eminencia se levanta sobre el teatro de tantas ruinas. Una criada toda azorada retira el capon en el plato de su salsa; al pasar sobre mi hace una pequeña inclinacion, y una lluvia maléfica de grasa descende como el rocío sobre los prados, á dejar eternas huellas en mi pantalon color de perla; la angustia y el aturdimiento de la criada no conocen término; retirase atolondrada sin acertar con las excusas; al volverse tropieza con el criado que traia una docena de platos limpios y una salvilla con las copas para los vinos generosos, y toda aquella máquina viene al suelo con el mas horroroso estruendo y confusion. ¡Por San Pedro; esclama dando una voz Braulio, difundida ya sobre sus facciones una palidez mortal, al paso que brota fuego el rostro de su esposa. — Pero sigamos, señores, no ha sido nada, añade volviendo en sí.

¡O honradas casas, donde un modesto cocido y un principio final constituyen la felicidad diaria de una familia, huid del tumulto de un convite de dias! Solo la costumbre de comer y servirse bien diariamente puede evitar semejantes destrozos.

¿Hay mas desgracias? ¡Santo cielo! ¡Si las hay para mí, infeliz! Doña Juana, la de los dientes negros y amarillos, me alarga de su plato y con su propio tenedor una fineza, que es indispensable aceptar y tragar; el niño se divierte en despedir á los ojos de los concurrentes los huesos disparados de las cerezas; don Leandro me hace probar el manzanilla esquisito, que he rehusado, en su misma copa, que conserva las indelebles señales de sus labios grasientos; mi gordo fuma ya sin cesar y me hace cañon de su chimenea; por fin ¡ó última de las desgracias! crece el alboroto y la conversacion; roncas ya las voces piden versos y décimas, y no hay mas poeta que Figaro. — Es preciso. — Tiene usted que decir algo, claman todos. — Désele pie forzado; que diga una copla á cada uno. — Yo le daré el pie: *A don Braulio en este dia.* — Señores, ¡por Dios! — No hay remedio. — En mi vida he improvisado. — No se haga usted el chiquito. — Me marcharé. — Cerrar la puerta. — No se sale de aquí sin decir algo. Y digo versos por fin, y vomito disparates, y los celebran, y crece la bulla y el humo y el infierno.

A Dios gracias logro escaparme de aquel nuevo *Pandemonio*. Por fin, ya respiro el aire fresco y desembarazado de la calle; ya no hay necios, ya no hay castellanos viejos á mi alrededor.

¡Santo Dios, yo te doy gracias, esclamo respirando, como el ciervo que acaba de escaparse de una docena de perros, y que oye ya apenas sus ladridos; para de aquí en adelante no te pido riquezas, no te pido empleos, no honores; librame de los convites caeros y de dias de dias; librame de estas casas en que es un convite un acontecimiento; en que solo se pone la mesa decente para los

convidados; en que creen hacer obsequios cuando dan mortificaciones; en que se hacen finezas; en que se dicen versos; en que hay niños; en que hay gordos; en que reina en fin la brutal franqueza de los castellanos viejos. Quiero que si caigo de nuevo en tentaciones semejantes, me falte un roastbeef, desaparezca del mundo el beefsteck, se anonaden los timbales de macarrones, no haya pavos en Perigueux, ni pasteles en Perigord, se sequen los viñedos de Burdeos, y beban, en fin, todos menos yo la deliciosa espuma del Champagne.

Concluida mi deprecacion mental, corro á mi habitacion á despojarme de mi camisa y de mi pantalon, reflexionando en mi interior que no son unos todos los hombres, puesto que los de un mismo país, acaso de un mismo entendimiento, no tienen las mismas costumbres, ni la misma delicadeza, cuando ven las cosas de tan distinta manera. Vístome y vuelvo á olvidar tan funesto dia entre el corto número de gentes que piensan, que viven sujetas al provechoso yugo de una buena educacion libre y desembarazada, y que fingen acaso estimarse y respetarse mutuamente para no incomodarse, al paso que las otras hacen ostentacion de incomodarse, y se ofenden y se maltratan, queriéndose y estimándose tal vez verdaderamente.

II.

VARIOS CARACTÉRES.

(Revista española, número 104, 13 de octubre de 1833.)

No siempre está en mano del hombre el coordinar sus ideas y formar con ellas una obra arreglada, con principio, medio y fin. ¿A quién no le habrá sucedido repetidas veces abrir un libro, leer maquinalmente y no poder establecer entre lo escrito y su cabeza ninguna especie de comunicacion, cerrar el libro y no poderse dar cuenta de lo que ha leído? En estos casos, que muy á menudo me suceden, suelo echar mano del sombrero y la capa, y no pudiendo fijar mi atencion en una sola cosa, trato de fijarla en todas: sálgome á la calle, éntrome por los cafés, vóime á la Puerta del Sol, á Correos, al Museo de Pinturas, á todas partes, en fin, y en ninguna puedo decir que estoy en realidad. Cualquiera me conocerá en estos dias en que el fastidio se apodera de mi alma, y en que no hay cosa que tenga á mis ojos color, y menos, color agradable. En estos dias llevo cara de filósofo, es decir, de mal humor; una sonrisa amarga de indiferencia y despego á cuanto veo se dibuja en mis labios; llevo conmigo un lente, no porque me sirva, pues veo mejor sin él, sino para poder clavar fijamente el objeto que mas me choca, que un corto de vista tiene licencia para ser desvergonzado; no saludo á ningun amigo ni conocido que encuentre, porque esto seria hacer yo tambien un papel en la comedia de que pretendo ser

únicamente espectador, y que solo para divertirme á mi creo por entonces que representa el mundo entero. Mala crianza será, pero me acereo á escuchar conversaciones de corrillos: es de advertir que cuando el tedio me abrumba con su peso, no puedo tener mas que tedio. Recibo insensible las impresiones de cuanto pasa á mi alrededor; á todas me dejo amoldar con indiferencia y abandono; en semejantes dias no hay hermosas para mí, no hay feas, no hay amor, no hay odio.

Esta es la razon porque me fuera imposible hacer hoy un artículo de costumbres medianamente coordinado: si ha menester plan, si necesita reflexion la cosa que hoy emprenda, inútil me es emprenderla; conozco que no he de poder llevarla á cabo. — Acaso encontraria, investigando metafisicamente mi corazon, la causa que ha podido ponerme hoy en esta estraña disposicion de ánimo; pero este trabajo me cansaria, y he dicho que no quiero hacer hoy impresiones, sino recibirlas. En estos dias es, sin embargo, cuando colocado detras de mi lente, que es entonces para mí el vidrio de la linterna mágica, veo pasar el mundo todo delante de mis ojos; é imparcial, ageno de consideracion que á él me ligue, véole tal cual se presenta en cada fisonomia, en cada accion que observe indolentemente.

— ¿Qué hace don Julian en ese café? Todos los dias viene al dar las cuatro: el mozo no ha menester que le hablen una palabra: apenas se ha colocado aquel en su silla, ya tiene la cafetera encima de la mesa. Toma, paga, y se duerme. Esa es la principal ocupacion de don Julian. Tomar café una vez cada dia.

— ¿Y qué hace en el café aquel viejo? Treinta años ha que viene: todas las tardes juega su partida de ajedrez: todas las tardes se la ven jugar aquellos cuatro originales que tiene en derredor: ni él hace mas en la vida, ni ellos ven otra cosa. Eso es lo que se llama aislarse en medio del mundo.

— ¿Quién es aquel que cruza por aquella esquina? ¡Bello muchacho! Pero no; conforme se acerca cuento las arrugas del rostro. ¡Ah! es un jóven de sesenta años. A las ocho de la mañana sale vestido ya y ceñido, prendido y ajustado: ni una mota, ni una arruga lleva el frac: la bota es un espejo: el guante blanco como la nieve: la corbata no hace un pliegue: el pelo rizado, mejor dirémos pintado: en todos los conciertos, en todos los bailes, en el paseo, en la luneta, erguido siempre, bailando, coqueteando. ¿Nunca se descompone, nunca se ensucia? ¿Qué secreto posee? ¿No le crece nunca la barba? Jamas. Es solo de estrañar que vaya solo; ó acaba de dejar algunas señoras, ó va á buscarlas. Las hablará de la ópera, del figurin, de lo mal que bailó el solo Gasparito; esta es la existencia del viejo verde: miradle contraerse y revolcarse en su vanidad al lado de una hermosa: ¿es una serpiente que se roza contra un árbol? No; el viejo verde al lado de las bellas es una oruga que se desliza por entre las rosas.

— ¿Han visto ustedes unas caras paradas, unos ojos mudos, unos corbatines siempre iguales, un vestido regular y uniforme, unos cuerpos, ni elegantes ni mal vestidos, unos brazos que se balancean monótonos, siempre con la regularidad y compas de las aspas de un molino? ¿Saben ustedes que los hombres de esas señas hablen nunca nada que pueda ser referido, escriban nada que deba ser leído, hagan una acción digna de ser imitada? No; esos son oficinistas ó propietarios. Se levantan, fuman, dicen palabras, dan pasos, saludan, entran, salen, se rien (estos nunca lloran), son hombres entre otros hombres. En una palabra, duermen despiertos.

— ¿Cómo hace aquel original para llevar hace diez años el mismo frac, abrochado siempre del mismo modo: los mismos guantes: el mismo pañuelo blanco al cuello con el mismo lazo: el mismo pantalón: la misma postura de sombrero... ¿No se desnuda ese hombre? ¿No envejece? Ese es el judío errante.

— ¿De qué habla don Cosme? Lo diré: don Cosme viene de la calle de la Paz: allí acude todos los días á las ocho de la mañana: alargando una mano á la banasta de los periódicos: es un parroquiano á la lectura de papeles á cuarto. Hoy la Revista, mañana el Boletín... Gran noticioso. Ese sabe siempre á punto fijo, de muy buena tinta, los pormenores de la última batalla: sabe si don Miguel está en Coimbra, en Lisboa, ó en Badajoz: entiende muy bien la marcha de Nicolás, que así llama él con franqueza al autócrata ruso. Suele sucederle luego que los que él supuso entrar vencedores en un punto, entraron en él prisioneros: pero todo es entrar. Estos hombres hablan siempre al oído; contraen la costumbre de suponerse espías por las grandes cosas que creen decir: de resultas si le encuentran á usted, le dirán al oído muy secretamente: — Buenos días: beso á usted la mano.

— ¿Hay nada más torpe que estos hombres amigos de usted que le ven parado en una calle, y no conocen que cuando está usted parado es que no quiere andar, que cuando está callado es que no quiere hablar?

— ¡Dios me libre de un hombre amable! No iré á su casa, porque me convidará. No le encontraré en la calle, porque vendrá á mí con los brazos abiertos, aunque me haya visto ayer; se enganchará de mí, me preguntará de mi salud, de mis hijos, de mis comedias, de mis artículos, de mis... Pero libreme, aunque sea el diablo, de una muger amable; nunca sabré si me quiere ó si me estima, si es bien criada ó tierna, si... ¡Válgame Dios! y libreme, aunque sea el diablo, de una muger amable: esa me volvería loco.

— Oigan ustedes á don Lucas Mentirola. Ese viene siempre de donde sucede algo. ¿Ha habido fuego? Vengo de allí: hace estragos horribles. — ¿Ha llegado el tenor nuevo? — Sí, responde, le acabo de dar un abrazo: viene gordo, y su voz es un portento: le hice entrar en un portal y cantar un rato... por mí lo hizo.

Es gran muchachón, rubio, alto, ¡extranjero! — Al otro día se sabe que el tenor no ha llegado, y si ha llegado es chiquito, negro, bizco... — ¿Está malo algún sugeto marcado? — Hoy está mejor, dice: se ha reído mucho conmigo: una hora he estado con él. — Luego se averigua que el que tanto se ha reído estaba ya enterrado. — ¿Quién es aquel botarate? — ¿Aquel? un monstruo: aquel se prevale de la bondad, del candor de la casa donde le reciben: hay una muger hermosa: nada la dice: sin embargo afecta ir á la casa á horas de franqueza: la acompaña al Prado: en baile ó sarao donde está ella está él, siempre al lado de la hermosa, siempre baila con ella: cuando ella no le ve, finge mirarla con celos de algún otro; afecta disimulo, que en realidad no puede existir, pues nada hay que disimular. ¿Se retiran? siempre da el brazo á la hermosa. Ella en tanto, á quien nada dice, que nada nota en él de galanteo, está bien lejos de creer que el público malicioso no habla de otra cosa sino de sus amores con fulanito. Fulanito tiene amor propio, no amor. Se contenta con que las gentes crean que es feliz; para él no hay otro modo de serlo. ¡Qué horrible carácter! ¡Qué triste buena fé la de su víctima que no lo conoce!

III.

NADIE PASE SIN HABLAR AL PORTERO, O LOS VIAJEROS EN VITORIA.

(Revista española, número 106, 18 de octubre de 1833.)

¿Porqué no ha de tener España su portero, cuando no hay casa medianamente grande que no tenga el suyo? En Francia eran antiguamente los suizos los que se encargaban de esta comision: en España parece que la toman sobre sí algunos vizcainos. Y efectivamente, si nadie ha de pasar hasta hablar con el portero, ¿cuándo pasarán los de allende si se han de entender con un vizcaino? El hecho es, que desde Paris á Madrid no habia antes mas inconveniente que vencer que trecientas sesenta y cinco leguas, las landas de Burdeos y el registro de la puerta de Fuencarral. Pero hete aquí que una mañana se levantan unos cuantos alaveses (Dios los perdone) con humor de discurrir, caen en la cuenta de que están en la mitad del camino de Paris á Madrid, como si dijéramos estorbando, y hete que esclaman: — Pues qué, ¿no hay mas que venir y pasar? *Nadie pase sin hablar al portero.* De entonces acá, cada alavés de aquellos es un portero, y Vitoria es un cucurucho tumbado en medio del camino de Francia: todo el que viene entra; pero hácia la parte de acá está el fondo del cucurucho, y fuerzas es romperle para pasar.

Pero no ocupemos á nuestros lectores con inútiles digresiones. Amanecia en Vitoria y en Alava uno de los primeros días del cor-